

Revista de creación literaria y artística / Segunda época / Número 11 / 2018



*ier*

**DIRECTOR**

Ignacio Gil-Díez Usandizaga

**CONSEJO EDITORIAL**

Alberto Gil-Albert Gómez

Ignacio Gil-Díez Usandizaga

Aurora Martínez Ezquerro

**ILUSTRA ESTE NÚMERO**

Ilustraciones de la revista *Rioja Industrial*

**DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN**

Instituto de Estudios Riojanos

C/ Portales, 2

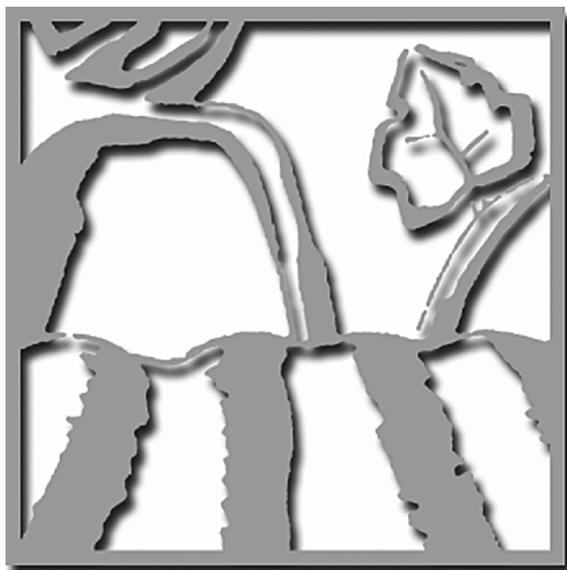
26071 Logroño

E-mail: [publicaciones.ier@larioja.org](mailto:publicaciones.ier@larioja.org)

Web: [www.larioja.org/ier](http://www.larioja.org/ier)

# CODAL

Revista de creación literaria y artística / Segunda época / Número 11 / 2018



Gobierno de La Rioja  
[www.larioja.org](http://www.larioja.org)

**ier** Instituto  
de Estudios  
Riojanos

**Codal** : revista de creación literaria y artística. – 2ª época. – Nº 11 (2018). -- Logroño:  
Instituto de Estudios Riojanos, 2018  
v. ; il. : 24 cm.  
Anual  
D.L. LR 418-2008. – ISSN 0530-0169  
821.134  
7

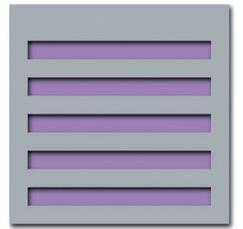
Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© Instituto de Estudios Riojanos, 2018  
C/ Portales, 2  
26001 Logroño  
[www.larioja.org/ier](http://www.larioja.org/ier)  
© Diseño de cubierta e interior: Demetrio Navaridas  
ISSN: 0530-0169  
Depósito Legal: LR-418-2008  
Impreso en España - Printed in Spain



# ÍNDICE

|   |   |     |  |                     |
|---|---|-----|--|---------------------|
| ■ | Editorial   | 7   |  |                     |
| ■ | <i>Francisco Ferrer Lerin</i>   | 11  |  | VERSOS              |
| ■ | <i>Ana Montiel</i>  | 19  |  | ENCUADRES           |
| ■ | <i>Montserrat Villar</i>  | 35  |  | HISTORIAS           |
| ■ | El fracaso de Beckett, la sonrisa de Pinter<br>y la comedia de Sanzol, notas para Obra<br>en un acto en el Bretón de Logroño<br><i>Alberto Gil-Albert Gómez</i> | 55  |  | BAMBALINAS          |
| ■ | Jesús Lozano. Pintura inacabada<br><i>Ignacio Gil-Díez Usandizaga</i>   | 63  |  | DE ARTE             |
| ■ | Cuatro amigos dicen basta y para siempre.<br>Algo más sobre <i>La grande Bouffe</i> de Marco<br>Ferrerri y Rafael Azcona<br><i>Jordi Ibáñez Fanés</i>           | 89  |  | OTRAS LETRAS        |
| ■ | SCULTO 2018<br><i>Beatriz Carbonell, José María Esteban Ibáñez<br/>y Enrique Martínez Glera</i>   | 107 |  | CITA<br>CON EL ARTE |
| ■ | Biografías  | 123 |  |                     |



## HISTORIAS



# I. EN EL CAMINO

MONTSERRAT VILLAR

*(Para Rufus y Alberto por mostrarme un mundo posible)*

En el Camino de Santiago: 8 de agosto de dos mil y pico

Querida Maruja:

No tengo ni idea, la verdad es que no tengo ni idea de qué me está pasando. Tengo una extraña sensación desde hace tres días y quizás tengo miedo a desaparecer como la niebla de la mañana cualquier día de estos que me quedan del camino y, por si las moscas, voy a intentar que permanezca algo de mí y que sepas qué ha pasado si no vuelvo.

Todo comenzó, como tú bien sabes, ya que me trajiste hasta el inicio de esta peregrinación, hace una semana en Jaca, buen lugar, por cierto. ¡Qué frío hacía! Cuando llegó la hora de que te fueras, nos abrazamos en lo que parecía cualquier abrazo de cualquier día de los que yo salgo de casa para estar fuera durante una semana. Tú no te diste cuenta, la costumbre siempre es mala para todo, y lo nuestro está, hace tiempo, hecho de costumbres; pero yo deseé, por unos segundos, que nunca se terminara ese abrazo. Sentí como una náusea que se agarraba a mi garganta. No era una náusea exactamente, esto puede parecer muy desagradable. Era como si todo el tiempo de nuestra relación hubiera venido a cobijarse en ese abrazo. Lo cierto es que hacía tiempo que no sentía algo tan fuerte por ti. No deseaba separarme y, en ese momento, me arrepentí de haber decidido hacer este viaje. Pero las promesas, incluso las secretas, son promesas, y yo había hecho una que tenía que cumplir.

Vi salir tu coche por la estrecha calzada, y comencé a caminar, despacio, casi haciéndome el remolón, pensando en el nudo que continuaba en mi garganta. En ese momento pensé que era la angustia de tener que caminar solo durante 30 o 31 días y, encima, sin los cascos, que se habían quedado en casa. Así



que ni mi música me iba a acompañar. Y digo mía porque sé que eso nunca lo hemos compartido, tenemos gustos muy distintos en muchas cosas, pero en la música son irreconciliables.

Esa mañana, se fue levantando la niebla y comenzó a salir el sol, yo me iba entreteniéndome con las formas de las piedras y de los árboles del camino. Delante de mí observaba a la gente que iba en pequeños grupos que se alejaban y acercaban según el momento. Detrás venía una mujer que formaba parte de otro grupo pero caminaba más rápido que los demás.

Era nuevo para mí, así que decidí que me tenía que concentrar en las señales que indicaban que íbamos en la dirección adecuada y para no agobiarme ni pensar demasiado, intentaba entender la conversación de los que me adelantaban y no se separaban mucho e imaginar sus vidas y las razones para venir a hacer el camino.

Estuve caminando detrás de unos portugueses durante una hora, intentando descifrar lo que decían, ya sabes que me gusta mucho el portugués, pero como hablan tan bajito no pude imaginar sus vidas.

Intenté apresurarme para alcanzarlos y hablar con ellos, pero los portugueses son muy reservados, así que después de hablar media hora sobre el buen tiempo que hacía, la niebla de la mañana, etc., etc., decidí poner la disculpa de descansar y puse tierra de por medio. En ese momento me di cuenta de lo que me pesaba la mochila. La verdad es que entre escuchar conversaciones ajenas e intentar hacer amistades, eran las doce de la mañana y el calor me hacía sudar la espalda y los pies, lo que no resultaba muy cómodo. Me quité la mochila y sentí un alivio muy agradable. También me había olvidado de otra cosa durante toda la mañana: fumar; y eso que no tenía que ver con la promesa a Santiago, pero la verdad es que no me había acordado hasta este momento. Saqué entonces uno de mis cigarros Ducados, para hombres fuertes, y respiré su humo o su mierda... pero mierda que mata no engorda ¿no es así?

Estaba saboreando este placer, el de fumar, y empecé a sentir más humo del normal, miré alrededor, por si había algún incendio cerca, pero no pude ver nada. Intenté no obsesionarme, pero en las últimas caladas en vez de un cigarro parecía un puro histérico quemándose. Lo tiré al suelo antes de acabarlo, cosa que no me hizo ninguna gracia, lo pisé bien con el pie y volví al camino. Aun-

que no le di importancia, no resistí el impulso de girar la cabeza para asegurarme de que el cigarro tenía las dimensiones normales y había quedado completamente aplastado en la tierra.

Recuerdo que en ese momento pensé: “¡Esto es una mierda, Maruja, sin música y con los cigarros escoñados!”

No sé cuánto tiempo pasó, pero llegué al albergue de Torres del Río, uno que se llama Pata de la Oca (ja, ja, jugué con la idea de una pata y una oca juntas) y busqué un bar para comer algo. Sólo cuando entraba al bar, miré el reloj y vi que eran las 5 de la tarde. ¡Carallo, este reloj no funciona bien! Pregunté al camarero y me confirmó que eran las 5. Debí poner cara de marciano porque el hombre que estaba en la barra bebiendo una cerveza exclamó: ¡Coño, otro que se quedó dormido debajo de un árbol!

La verdad es que había calculado que llegaría al albergue a las 2 o 3 de la tarde, pero no le di más importancia. Pedí un bocadillo y una Coca-Cola light y comí viendo la televisión y pensando en ti con mucha morriña. Calculé que a esas horas estarías en el río de Peroblasco, encima de alguna roca, muriendo de calor, para conseguir ese color oscuro que tanto te gusta. En el bar había un ordenador con conexión a internet, en el que cobraban a 1 euro por media hora, así que decidí, mientras terminaba el café y fumaba el cigarro (en este bar perdido del mundo se podía fumar) escribirte un e-mail. Ya ves el e-mail que te escribí. Tres líneas contadas para decirte que estaba bien, ni muy cansado ni muy desanimado. Pagué, no recuerdo cuánto, pero recuerdo que me pareció un poco caro el bocata, la verdad. Sellé el carnet de peregrino y volví al albergue. ¡Madre mía, la gente estaba destrozada! No había casi movimiento, todos estaban acostados y aunque no dormían, tampoco hablaban. Pensé que estaba rodeado de peregrinos que venían, por lo menos, desde Rusia, porque no era normal que a las siete de la tarde hubiera tan poco movimiento. Acomodé el saco para dormir y salí a dar un paseo para fumar un pitillo antes de decidir cenar algo y acostarme. Te juro, Maruja, que no bebí, pero cuando acabé el cigarro eran las 11 de la noche y humeaba como una hoguera el mierda ese.

Mira, no sé explicarlo, pero no le di importancia. Me fui al bar, cené una taza de leche con un bollo y volví a acostarme. La verdad es que cuando acabé de cenar no encendí un cigarro porque me dio un poco de miedo.



Dormí 6 horas y soñé mucho contigo, pero mucho, mucho. Como es costumbre, me desperté un poco empinado, tú ya me entiendes; así que antes de levantarme, me quedé en la cama pensando en ti y fumando un cigarro. ¡La humareda que se preparó! Me di cuenta cuando vino un inglés de esos típicos con pecas en la cara y muy pelirrojo a preguntarme si se me estaba quemando el saco. Pero allí no se quemaba nada. Miento, yo sí que estaba un poco caliente, dándole vueltas a tu imagen, tostadita por el sol, encima de esa roca que tanto te gusta...

Miré el cigarro y salí corriendo al baño a apagarlo. “Otro puñetero puro histórico”, pensé, “Tengo que cambiar de marca de tabaco porque estos están saliendo muy malos”.

Maruja, esto fue muy raro. Cuando me vestí y preparé la mochila para salir al camino, el sol ya estaba muy alto. Miré el reloj y eran las 12 del mediodía. Empecé a darle vueltas al asunto y pensé que quizás me había despertado más tarde y había visto mal la hora y no había sido a las 6 como pensaba, sino a las 10.

Lo cierto fue que tomé un café en el bar de la noche anterior y empecé a caminar con mucha prisa. A pesar del calor intentaba ir bajo los árboles, así que podía caminar con cierta tranquilidad. Caminaba a buen paso y pensé que antes de las 6 podría estar en el siguiente albergue, el de Nájera, curiosamente el que se llama las Peñas (como las que sostienen tu cuerpo en verano). No me paré a comer porque había comprado un bocadillo antes de salir y llevaba todavía agua fría en el termo, así que no fue necesario hacer una parada. Descansé en una roca del camino, comí y cuando fui a fumar el cigarrillo de después, no lo encontré. Por la mañana había tirado el paquete de Ducados, tabaco para hombres fuertes, porque todos humeaban mucho y me había olvidado de comprar otros. Me resigné a no fumar y volví al camino. Esta vez sí, había calculado bien el tiempo, a las 6 menos cuarto estaba entrando en el albergue. Me duché, organicé las cosas en la cama y salí a tomar algo en algún bar de por allí: un cafecito, un cigarro, esta vez LM, para evitar la humareda de los Ducados y a sentarse para ver la televisión y leer el periódico mientras hacía tiempo para cenar.

El tiempo se me pasó volando, no había acabado de leer la sección de deportes, cuando el camarero me dijo que si quería cenar tenía que pedir ya porque el cocinero se iba a las 11 y ya eran las 10,30. ¡Cómo pasa el tiempo! Cené

y me fui a dormir porque era muy tarde. Pero antes, sellé la tarjeta y fumé otro par de cigarros.

A la mañana siguiente, ¡qué cansado amanecí! Me parecía que había dormido 2 o 3 horas porque no podía con el alma.

Ordené el equipaje y me fui a tomar un café para comenzar de nuevo. Eran las 6 de la mañana y no había nada abierto, así que caminé unos 12 Km. hasta llegar al primer bar. Allí, por fin mi café, unas tostada y un zumo... vamos, ¡cómo un marqués!. Y, de nuevo, al camino. Salí del bar con unos chicos que habían caminado 32 Km. y habían salido a las 5 del albergue en el que yo había estado hacía 2 días (el del juego de la pata y la oca, je, je). Lo más curioso es que no iban muy rápido y yo podía acompañarlos sin problemas. Con ellos caminé dos horas y después se adelantaron para buscar un lugar para comer. Yo, que no había dormido bien, estaba un poco cansado y me quedé a descansar, a fumar un pitillo y a leer un periódico que había comprado en el bar en el que había desayunado. ¡Esto es la leche, Maruja! Esto sólo puede ser cosa de brujas... El primer día de camino había sido el 5 de agosto, yo había dormido en dos albergues (Torres del Río y Nájera), la noche del 5 y la del 6, por lo tanto ahora era 7 ¿o no? Pues el periódico era del día 8. ¡Me dio un escalofrío que pensé que me caía allí mismo! Intenté hacer memoria y no me salían las cuentas. Cerré el periódico, cargué la mochila y caminé como un rayo sin querer pensar en nada, pero sin dejar de temblar. Me ahogaba, casi no podía respirar, porque iba fumando sin parar y al mismo tiempo intentaba caminar a toda prisa. Tenía la sensación de que un ejército de brujas me perseguía. Tenía miedo, incluso, de mirar hacia atrás.

Llegué al nuevo albergue, el de Santo Domingo de la Calzada, pero no comí nada, no porque no tuviera hambre, es que eran las 9 de la noche y sólo se podía cenar.

Esa noche no fumé porque estaba ahogado de todo el humo que me había acompañado en el camino. Me senté fuera del albergue en una piedra y comencé a escribirte.

Me quedan 26 días de vacaciones y perdí un día no sé dónde, así que tengo que caminar más rápido para ganarlo. Estoy un poco desorientado, pero una promesa es una promesa, tengo que conseguirlo como sea.



Estoy muerto, hoy dormiré 6 horas para intentar adelantar mañana algún tiempo. Como tengo aquí sello y buzón, echaré la carta. Mañana te escribiré otra. Besos, amor mío. No te quemes con el sol que ya sabes que no es bueno.

Alejandro

En el Camino de Santiago: 9 de agosto de dos mil y tal

Querida Maruja:

Esto ya no tiene explicación, estoy dándole vueltas y creo que no voy a poder terminar el camino aunque lo intento sin parar.

Esta mañana salí del albergue a las 5 de la mañana y desayuné (por fin un bar abierto) para comenzar a andar sin descanso. Sólo paré para escribirte y fumar un cigarro. Miré el reloj antes de sentarme y eran las 10 de la mañana, saqué papel y boli, encendí el cigarro y ¡cosa del demonio! ¿A qué no imaginas qué hora es? Es la 1 de la tarde. Nunca se me ocurrió pensar que fumar dos cigarros y escribir 4 líneas resultara tan lento.

Pero ya no es sólo esto. Y, por favor, no te enfades conmigo. Lo cierto es que sentí un pequeño picor en el pie derecho, saqué la bota para ver si era una herida de tanto caminar. ¡Madre mía, Maruja! ¡Los dedos del pie no estaban! ¡Como lo oyes! Sólo hay un calcetín con un poco de ceniza y el pie está convirtiéndose en polvo.

Ahora tengo claro que no voy a poder llegar a dar un abrazo a Santiago, ¡con la ilusión que me hacía! Esto no se frena, no dejo de cambiar carne por polvo. Ceo que de esta no vuelves a verme. Me voy a quedar aquí sentado, en algún lugar entre Santo Domingo y Belorado y beber un poco de agua no vaya a ser que me dé una insolación. Le daré la carta a alguien que pase por aquí para que la echen cuando vean un buzón.

... ..

Son las 6 de la tarde, ya no me quedan piernas. Sólo puedo pensar en una cosa: en vez de haber hecho la promesa de hacer el Camino, tenía que haber



prometido a Santiago dejar de fumar. Es posible que se trate de una señal: me estoy convirtiendo en botafumeiro, intentaré echarme agua por encima a ver si no me consumo de todo.

Te quiero mucho, Maruja. No te preocupes por mí, no siento dolor ninguno. Ah, no fumes si el sol está calentándote la cabeza, ¡puede ser muy perjudicial!

Besos, Alejandro.



## II. LA ABUELA

La abuela lo había visto después de seis semanas de resistencia a una agonía que parecía infinita. Sí, lo había visto, eso me hizo saber cuando entré en su habitación para seguir acompañándola en esa dolorosa espera que sólo tenía un final posible. Miraba fijamente a la esquina frente a su almohada y señalaba balbuceando su nombre. Tras varios días sin hablar claramente debido a la enfermedad, conseguí explicarme que el abuelo estaba allí para llevarla. ¡El abuelo! El abuelo, un hombre enjuto, delgado, calvo, con un leve Parkinson que se hacía latente en sus largas y delgadas manos (que yo siempre recuerdo cuando hablo de manos de pianista), con infinitas historias que contar de sus viajes hasta que con 60 años regresó a su patria. El abuelo había muerto cuando yo sólo tenía 7 años, pero había regresado con su sombrero gris a abrazar este cuerpo que, inmóvil y llagado, permanecía en la cama, esperando estar tranquilo al fin. La abuela, entonces, cerró los ojos con esa calma que sólo el mundo de los muertos es capaz de regalar, apretó la medalla de la Virgen en sus manos y se quedó plácidamente dormida. Todavía tuvieron que pasar 24 horas en las que mi corazón se rompió de impotencia y pedí que dejara de sufrir a grito pelado, para que todo sucediera.

Esa noche, a las 9 en punto, justo cuando las noticias comenzaban, abandoné el borde de su cama para respirar, para sollozar ese dolor de verla consumirse en una lucha perdida, a las 9 de la noche. Y ella decidió asirse a la sombra que la miraba desde el día anterior al otro lado de la habitación y dejar de respirar, sin un lamento, sin un ruido, sin un espasmo.

Duque, nuestro perro aulló y, durante toda la noche y el día siguiente desapareció de delante de nuestra casa para esconderse en el fondo de una finca a la que nunca iba más que para merendar las fresas que iban madurando y que mi madre nunca supo por qué misteriosa criatura eran comidas. Nunca volvió a entrar a esa habitación a la que cada mañana, durante la enfermedad de la abuela, se había dirigido para lamerle la mano dulcemente. Nunca más volvió a ese cuarto y nosotros, por eso, lo quisimos como se quiere a un niño.

Y nos despedimos de la abuela entre lágrimas, risas (durante los largos velatorios de Galicia, siempre acabamos contando barbaridades para aplacar el tiempo), comidas y recuerdos. Tía Pura se afanó en hacer uno de sus mágicos guisos para alimentar

a todos los que iban pasando por la casa; así, encorvada sobre la encimera, dando vueltas, despaciosa, a la cuchara para que nada se pegara a la olla. Y después, sentada en el sillón que sólo mi abuela había usado, se acurrucaba como un gato mientras recordaba la historia de su familia, de todas sus hermanas, de la guerra, de los tíos cazadores, de los suyos. Yo aprovechaba para acariciarla como se acaricia dulcemente a un gato porque, de todas las hermanas, era la menos díscola y se dejaba mimar. Así me hacía a la idea de que seguía acariciando a la abuela que ya no estaba.

Y se terminó todo, se terminó cualquier ceremonia posible con la caída de la losa sobre un féretro que ya no contenía más que un cuerpo inerte. Una losa que retumbará siempre en mi memoria como la verdadera imagen de la muerte, la única posible, la definitiva.

Y regresamos a ese lugar, a recoger los indicios de la enfermedad, a reordenar para seguir viviendo. Y me di cuenta de que llevaba 40 días sin dormir en la habitación que se suponía mía porque había estado al borde de la cama de la abuela en un colchón todas esas noches, para acompañarla como ella me había acompañado en todas mis enfermedades infantiles con su ganchillo en la mano y sus historias en la boca y, sobre todo, con su ternura, una ternura inexistente a simple vista pero que me abrazó toda la vida.

Y me fui a mi habitación que permanecía un poco huérfana desde que llevamos a la abuela a casa. Y dormí agotada por todo el tiempo de agonía y dolor que se incrustaban en mi cuerpo. Y dormí plácidamente para despertarme a altas horas de la madrugada, también plácidamente, con la sensación de un frío extremo que se colaba por alguna ventana. Miré a la puerta que daba al pasillo y que a la derecha conducía a la habitación de la abuela y a la izquierda al baño. Sentí un frío helador en la cara y la vi allí, en la puerta, vigilando ese sueño de niña que siempre cuidó. Me reconocí, entonces, tranquila, con una tranquilidad que sólo la muerte puede regalarte, sabiendo que su ternura invisible era eterna.

No sé si ver muertos tiene algún sentido para alguien, sobre todo cuando yo, hace tiempo que no creo en el más allá como posible respuesta. No sé si la abuela vio al abuelo y decidió regresar a algún punto de partida en ese momento. Pero sé que soy gallega, y en Galicia los espíritus pululan entre nosotros como lo hacen los recuerdos de los abuelos, así, naturalmente, porque ellos saben que el mundo les pertenece.



### III. COMO LA NIEVE

Llevaba algún tiempo pensando que no debía dejar pasar esta oportunidad que la vida le estaba dando y luchar por cambiar esa sensación que tantos años la había perseguido y que comenzaba a desvanecerse después de tanto trabajo de psicólogos y otra gente. Ahora era el momento, había conocido a un hombre que la intentaba hacer feliz y sólo tenía que dejarse llevar y aprovechar lo que le quedaba. No era fácil olvidar tres años de relación con su anterior pareja, y más difícil era borrar de su memoria los siete años posteriores, pero debía hacerlo, ya no tenía dudas. Esta vez iba a salir bien.

Paco conocía su historia, ella misma se la había contado hacía algún tiempo y estaba convencido de que no existía razón para no intentar ser feliz porque eso era lo que él sentía cuando estaba a su lado. Ella, al contrario, no dejaba de pensar en su primer marido muerto en accidente y en los tres años posteriores a este suceso. Javier, así se llamaba el difunto marido, había sido para ella el hombre de su vida hasta ese momento, pero el destino hizo que, sólo después de tres años de casados, un camión chocara con su coche y el pobre desapareciera de su vida sin siquiera despedirse. Eugenia pareció volverse loca en el instante en que le dieron la noticia aquellos policías con cara de circunstancias, pero después del entierro y las conversaciones con los amigos y familiares que habían decidido estar a su lado durante varias semanas, parecía que las aguas volvían a su cauce y ella iba a ser capaz de superar la tragedia. Nadie sospechó nada extraño cuando volvió de nuevo a trabajar, salir algún día que otro a tomar unos vinos con los amigos de siempre, frecuentar el cine (como hacía con Javier cuando él todavía estaba vivo) y, sobre todo, volver a la casa que su familia tenía en la playa y donde los dos habían pasado los mejores momentos de su vida juntos. Lo que nadie sabía, y era muy difícil siquiera imaginarlo, es que no iba sola a ninguno de esos lugares: iba con un fantasma, el fantasma de Javier.

Sí, realmente suena difícil de creer. Sobre todo cuando Eugenia parecía haberse recuperado y todos sintieron que la vida continuaba, ella había organizado su tiempo como hasta antes de la muerte de su marido, viviendo con su fantasma tres años en que nadie se percató de nada extraño. Se levantaba para trabajar y le

dejaba, antes de salir, el café caliente en la cafetera. Llamaba por teléfono a media mañana a alguien para saber cómo estaba y decir que lo quería (eso había oído alguna compañera cotilla en el trabajo), hacía, en cuanto volvía de la oficina, comida para dos,... y los fines de semana que decidía ir a la casa de la playa, la maleta llevaba ropa de hombre y de mujer y esa ropa se lavaba cuando regresaba.

Así pasaron tres años y lo que parecía una buena recuperación de Eugenia, se convirtió en una historia de la que, de haberse extendido más en el tiempo, no podría haber salido.

Fue María, quien tuvo que ir a regar las plantas, un día en que Eugenia se había ido de viaje por razones laborales, la que al entrar en su casa vio la ropa que había pertenecido a Javier (al menos eso le pareció), extendida para secarse. La curiosidad pudo con el pudor y abrió el armario del dormitorio, descubriendo todo: zapatos, cosas de aseo,... muy colocadas en su lugar correspondiente. Y, para mayor sorpresa, dos toallas en cada baño y dos libros en sendas mesillas.

En fin, María sintió un escalofrío indescriptible y se puso a atar cabos para llegar a la conclusión de qué le estaba pasando a Eugenia que, al regreso de su viaje, fue interrogada por todos los amigos cercanos quienes le aconsejaron que visitara a un especialista. Además de empezar un tratamiento que duraría tres años, los amigos vaciaron la casa de las pertenencias de Javier y cambiaron el aspecto del piso para que ella jamás volviera a vivir de recuerdos.

La prueba irrefutable de que después de tres años de tratamiento estaba curada fue que, al año siguiente de estar de alta médica, el padre de Eugenia murió de cáncer y ella reaccionó como la gente acostumbra a reaccionar en estos casos: lloró la muerte del padre y se preocupó, a partir de este momento, un poco más de su madre, pero siguió con su vida.

Ahora, después de cuatro años desde su alta médica, había conocido a Paco y, por fin, parecía volver a estar enamorada como una niña de 15 años. Sólo ahora, pensaba en que era el momento de seguir viviendo y de olvidar ese tiempo de tinieblas que había absorbido su vida durante tantos años.

Tras un tiempo de relación con Paco, este conoció a su madre y Eugenia conoció a los padres de Paco y a parte de la larga familia que tenía. Celebraban la fiesta de Reyes Magos comiendo en casa de los padres de Paco ya que en esas



fechas se juntaban gran parte de la familia. Fue un día inmensamente agradable y sólo estropeó esa dulce sensación de pertenencia a algún lugar que Eugenia comenzaba a sentir, la noticia del día siguiente: una de las tías de Paco (con la que Eugenia había entablado una larga conversación el día anterior) murió repentinamente por la noche.

Pero la relación continuaba, a pesar de los golpes, seguía su curso natural. Era normal que en la familia de Paco fallecieran algunos de sus miembros mayores, así que en cada funeral el comentario era el de siempre: “la vida tiene que acabar tarde o temprano”.

Aunque la vida, ya se sabe, no es justa y muy pronto terminó, también a causa de un accidente de coche, para Paco. Ese día, Eugenia viajaba con él y sufrió heridas que la retuvieron en el hospital dos semanas. Nadie le dio la noticia hasta el noveno día, momento en que dos médicos dieron permiso para hacerlo porque estaba casi recuperada, aunque físicamente parecía haber envejecido mucho ya que sus cabellos, desde el accidente, estaban blancos, blancos como la nieve.

Eugenia, gritó de dolor, se negó a aceptar cualquier gesto de consuelo, lloró sin descanso durante toda una noche... Resultó muy doloroso acompañar-la esa noche y no saber qué decir para tranquilizarla.

Los últimos días en el hospital, el psiquiatra la visitó varias veces y afirmó que estaba pasando un momento comprensiblemente difícil pero que lo superaría.

Y así fue, se recuperó y salió del hospital. Decidió volver a casa cuanto antes y, con ayuda de unas amigas, deshacerse de todo lo que pertenecía a Paco y cambiar todo de sitio para empezar de nuevo. En un día estaba todo renovado y ella, a las 11 de la noche, después de haber pasado toda la mañana y tarde subiendo y bajando cajas, moviendo mesas, cambiando sábanas,... tras un breve tiempo delante del televisor para que el sueño hiciera su aparición, pensó que era el momento de acostarse e intentar descansar.

Dormiría por primera vez sola después de que Paco hubiera desaparecido para siempre de su vida. Se fue al cuarto de baño a lavar los dientes y, de repente, pensó que desde que había estado en el hospital, no se había mirado al espejo. No sabía, siquiera, si le habían quedado cicatrices en la cara.

Se miró, no sin miedo, y observó que no había cicatrices pero que sí tenía el pelo blanco, blanco como la nieve (y no le gustaba).

Eran las 12, sonaban en el reloj de la Iglesia y ella miraba y remiraba su cara que juzgaba que era la de siempre, a pesar del color del pelo, con esa mirada que parecía siempre tan fría, pero tan profunda al mismo tiempo. Eran las 12, iba a salir del cuarto de baño y un escalofrío le recorrió la espalda: la expresión que tenía en su cara y que salía de sus ojos era la expresión de la muerte misma. Una expresión que había estado ahí siempre y que hasta ese momento no había descubierto.



## IV. EL CUMPLEAÑOS

El primero de los tres hijos acababa de morir. Pero, a pesar de haber pasado sólo 15 días de este incidente, hoy se celebraba por enésima vez el 90 cumpleaños del abuelo. No recordaban cuándo habían empezado a celebrar el primer 90 cumpleaños. Siempre les había divertido verse un único día al año, ese día no faltaba nadie, y aprovechaban para conocer a los nuevos retoños de la familia (si ese año había habido nacimientos). El abuelo y la abuela presidían la mesa y disfrutaban de sus hijos, nietos, biznietos de los que, a veces, olvidaban el nombre.

Entre los primos se contaban la vida, trabajos, novedades, cambios de casas, cambios de coche, ... Pero este año se miraban con cierto recelo, sin ganas de hablar de nada nuevo. La verdad es que hacía mucho tiempo que no pasaba nada novedoso en la vida de los primos, y sólo hoy se estaban dando cuenta de que, aparte de la muerte de uno de los tíos (que ya había cumplido más de 80 años), no tenían mucho que decirse.

Todos, unos a otros, se miraban sin entender. Miraban a los abuelos que, como siempre, con su cara de 90 años, presidían la mesa y sonreían a sus biznietos (el menor, 25 años y recién licenciado en medicina, digno heredero de su abuelo). Nada parecía haber cambiado desde años anteriores, a no ser que los nietos empezaban a sentirse cansados de viajar cada año al mismo lugar (algunos más de 300 Km), porque la próstata, el reuma o la artrosis les hacía incómodo conducir mucho tiempo seguido. Todos habían cambiado significativamente: alguno estaba calvo y gordo, otra tenía el pelo completamente blanco y los pechos y ojos totalmente caídos, a otro se le movía la dentadura cada vez que intentaba morder una costilla... ¿cuánto tiempo había pasado desde los primeros 90 años?

Uno de ellos pensó y gritó en voz alta: "¡Ya hace 28 años que el abuelo cumple 90! ¡Cómo pasa el tiempo!

¡Y qué lo digas! Contestó otro desde algún rincón de la mesa.

Y siguieron comiendo y pensando que el próximo año quizás alguno de los nietos ya no estuviera entre los comensales (quizás el que había sufrido un infarto dos meses antes, o la que había sido operada de cáncer hacía 3 meses y parecía no poder con la quimioterapia). Lo que era cierto es que el abuelo volvería a cumplir 90 años.

## V. LOLITA

**E**strenaba mis 18, mi libertad mal entendida y mi necesidad de probarlo todo.

Me esperabas a la salida de las clases, como habías hecho durante las 30 tardes anteriores. En esas ocasiones, solo me habías invitado a un café, un helado,... mientras hablábamos de mis estudios, tu trabajo, las amistades que nos rodeaban y que no compartíamos, la indumentaria que llevaba, porque tú me lo habías suplicado (mi vieja falda de uniforme, la camisa, las calzas),... supongo que nos estábamos conociendo.

Entonces, te acercaste a mí con la ternura de un niño que descubre un juguete nuevo en su cuarto. Tu regalo me pareció perfecto, pero intenté disimular la sorpresa y la impaciencia que me producía. Solo te di un fraternal beso. Nos dirigimos, como siempre, hacia el bar para tomar algo, pero teníamos pocas ganas de contarnos nimiedades. Bebimos mecánicamente, como si se tratara de un paso previo necesario, pero incómodo.

Pisamos el asfalto, caminamos, hablamos, rozamos nuestras bocas y nuestros cuerpos buscando encontrar al otro...

Salimos de la calle, limitándola por la madera del portal y, entre abrazos y besos acelerados, llegamos a tu casa.

Me miraste, tierno y cariñoso, tímido y febril al mismo tiempo. Me pediste que me acomodara. Desabroché mi camisa y cayó al suelo,... interrumpiste mi primer desnudo, bajando mis altas calzas hasta la rodilla. Me observaste, acercando hacia mí la mano que ofrecía temblorosa y pueril un pequeño envoltorio rojo, un chupa-chups que recordaba a mi más tierna infancia. Me pediste que, simplemente, lo disfrutara, clavando tus ojos en la falda de cuadros, en mis visibles rodillas. De tu boca salió un nombre que no era el mío: Lolita... y comenzaste a llorar.



## VI. ¿HE MUERTO?

Hoy he muerto, así, atropelladamente,  
como te gustan a ti las cosas,  
entre parada y parada del autobús.

Sin poder avisar ni a pasajeros ni a conductor he dejado de respirar, de sentir, de pensar, y sólo he notado que mi cuerpo se dirigía a lo alto del techo del autobús, como buscando una salida definitiva. Desde esa perspectiva observaba las caras indiferentes de los que allí estaban. Nadie se había dado cuenta, nadie me miraba, nadie me echaba de menos, nadie me esperaba en la siguiente parada.

Entonces el autobús llegó a mi destino, la parada siguiente al incidente, y yo quise bajarme. Apoyé mis manos en el techo y empujé fuerte, haciendo un esfuerzo sobrehumano para conseguir volver al asiento que mi otro cuerpo ocupaba. Conseguí entrar en mí de nuevo, y salir del autobús con una sensación extraña. Y con esa sensación sigo en la garganta, a pesar de que todos ignoran lo sucedido.

Hoy he muerto, así, atropelladamente,  
como te gustan a ti las cosas,  
entre parada y parada del autobús.

## VII. Y SABER...

Y saber que la vida es esto, que se desmigajen las estrellas cada noche y sus filos nos alcancen cuando menos lo esperamos. Que se rompan los espejos sin ocasión de poder recomponer las imágenes. Que se enfríen los veranos y las tormentas nos estallen en la playa. Que los enanos se nos crezcan para pisotearnos y las hormigas transporten nuestros restos desmembrados. Que la música sea una serenata desafinada sin posibilidad de ensayo. Que las sonrisas sean antifaces de mordeduras deseadas.

La vida es el deseo de los muertos, el castigo de los vivos hasta que decidan que la desmemoria es la mejor de las armas.

Y saber que la salvación es entorpecer las ganas de asfixiarse para demostrar que podemos con los sacos de miserias que se van amontonando en nuestras espaldas. Levantarse y hacerse la autopsia cada día, para desechar las entrañas fallidas y con un ropaje de suturas, seguir sintiendo.

Descolgar cada noche la luna para que se crezca en esta soledad e ilumine los huecos.

Conspirar con los dedos hasta que hagan crecer palabras. Rogar a cada frase que difumine las rabias y los sueños que el dolor se ha apropiado acumulándolos en el mismo cieno.

(De *Con dos almas por palabra*, If Ediciones, 2017)

Gobierno de La Rioja  
[www.larioja.org](http://www.larioja.org)



**Instituto  
de Estudios  
Riojanos**

